

CONTRA LA VIOLENCIA

LA idea de que nuestro tiempo es especialmente violento es uno de esos lugares comunes que no se sabe bien si proceden de una ignorancia del pasado o de una deliberada actitud de propaganda. Denunciar la violencia es contar de antemano con el asentimiento de las grandes mayorías, que la detestan y la rechazan, porque se saben vulnerables; asumirla —aunque sea en nombre del Estado— o adoptarla supone, por lo tanto, verse rechazado. Pocos son los partidos o grupos políticos que aceptan hoy la violencia, por no decir ninguno. Salvo en situaciones extremas de las que hay poco más de media docena en el globo: el Oriente árabe, Angola, el Sahara, Irlanda, o Portugal en una medida menor, el Líbano, la Argentina... En Chile hay una violencia de Estado que es, naturalmente, mucho más reprobable que las violencias de grupo o partido, por el hecho de que el Estado debe conservar siempre la serenidad y adaptar las instituciones propias a la expresión y cauce de la política.

LA comparación de nuestro tiempo con el de cualquier otra época, incluido, desde luego, el siglo XX hasta que comenzó su segunda mitad, arroja un saldo favorable. La primera mitad del siglo XX ha conocido las dos guerras más mortíferas y totalizadoras de la Historia, y revoluciones que han movilizado millones de personas y las han colocado, con su voluntad o contra ella, en situaciones de violencia. Es elemental saber que estos tiempos nuestros, a pesar de la media docena de puntos candentes del globo, no son especialmente violentos y si se inclinan mucho más a la resolución de los problemas por otras vías, por vías políticas o simplemente verbales. Ciertos actos, ciertas presiones y también ciertas répresiones se producen cuando esas vías están cegadas.

PERO es también elemental saber que lo que llamamos violencia ahora es algo considerablemente distinto a lo que ha sido en etapas que han alcanzado a ver muchas de las generaciones actuales y otras a las que se conoce por la Historia. La violencia era una manifestación de la lucha de clases, en el sentido más directo de la expresión —lucha— por la conquista o la permanencia en el poder. Era un juego clásico de asalto y defensa de los resortes de poder y gobierno. En nuestro tiempo, ese contenido o ese objetivo se han modificado muy considerablemente: bien porque los poderes establecidos tienen tal almacén de fuerza que es imposible o muy difícil desafiarlos directamente en ese terreno, bien porque las tensiones revolucionarias en las clases inferiorizadas son hoy menores (hablamos de Europa, sobre todo) y no se exaltan hasta el desafío abierto a los poderes. Existe también un triunfo de la moral, religiosa o laica, sobre todo como reacción a las últimas matanzas, que hace repudiar la violencia física con una fuerza como no se había conocido.

POR eso lo que hoy se llama violencia es, sobre todo, un lenguaje. Una manera que tienen de hacerse ver y notar los que carecen de otras formas de expresión, y una forma por parte de los Estados para comentar su autoridad. En París, en Milán o en Roma,

el Estado utiliza abundantemente ese lenguaje inundando el centro de las poblaciones, en días señalados, de millares de agentes revestidos de uniformes y armas especiales que no siempre son necesarios —ni por la cantidad ni por la calidad de las armas—, pero que expresan una voluntad represora y una defensa de la autoridad estatal por cualquier medio. En España no se había utilizado la exhibición de fuerza pública como lenguaje hasta el día 20 de enero, con motivo de la manifestación de Madrid. Al contrario, en el estilo del régimen anterior (si se puede tener la licencia de hablar de régimen anterior para señalar una serie de cambios que en realidad no son de régimen) parecía un prurito de honor hacer invisible a la fuerza pública, hasta el punto de que los observadores extranjeros se asombraban de que en fechas de las consideradas peligrosas —la muerte de Carrero Blanco, la de Franco— la vigilancia de fuerzas públicas no fuese nunca patente. Más que a taponar una manifestación, que en sí no era violenta más que en el sentido de no obedecer una prohibición, esas fuerzas estaban desplegadas como un lenguaje que aseguraba a las fuerzas conservadoras que este Gobierno mantiene la autoridad, y la oposición que no acepta el enfrentamiento en la vía pública.

LEGAMOS así a desgajar ciertos actos de expresión y lenguaje de lo que podría ser la violencia propiamente dicha, como es el asesinato, el atentado por una parte, o la tortura y la ejecución sin juicio por otra. Estos últimos hechos son inferiores en cantidad y en alcance a lo que han sido en otras épocas. Lo que probablemente abunda más es la mal llamada violencia, que se refleja en actos que simplemente se salen de los cuadros marcados por las instituciones. Es una consecuencia de la crisis de esas instituciones y de



Los Estados son mucho más diligentes en la represión y el asentamiento de su autoridad que en establecer las vías de reforma de la sociedad y sus normas. (Sucesos de mayo del 68, en París.)



En España no se había utilizado la exhibición de la fuerza pública como lenguaje hasta el día 20 de enero, con motivo de la manifestación de Madrid.

su arcaísmo: es decir, de su falta de adaptación a las formas de vida actuales. Parece un fenómeno universal. En España hay una agudización en estos últimos meses: en parte, como una respuesta al marco rígido de tiempos inmediatamente anteriores; por otra, como consecuencia también de una crisis aguda de las instituciones. Cuando hablamos de instituciones no lo hacemos en el sentido restrictivo y monopolista con que suele hacerlo el Estado hablando sólo de lo que él mismo ha instituido, sino aplicándolo también al tipo de instituciones que él mismo no permite: partidos políticos, sindicatos obreros, centros de diálogo y reunión. Y la oposición. Es un hecho que la oposición política ha perdido la batalla dirigida contra ella por los poderes públicos en los últimos cuarenta años. Perseguida con crueldad —y violencia—, ha resistido mal la clandestinidad, la ilegalidad. La oposición de izquierdas arrastra todavía reflejos de la derrota en la guerra civil. Uno de los hechos más curiosos de la oposición de la izquierda es su falta de tolerancia mutua. La izquierda nunca debe estar tan unida —incluso teniendo la valentía de rechazar los mitos de la unidad— como para perder su capacidad crítica, su libertad de pensar por vías distintas: es precisamente esa diversidad, esa pluralidad, la que le da su mayor valor. Pero entre esa pluralidad que puede concordar en favor de objetivos comunes a la verdadera guerra que mantienen entre sí los distintos grupos de la oposición hay un abismo. Es un reflejo que no se da ni se ha dado nunca en la derecha, que tiene más sabiduría a la hora de concordarse. Quizá ello se debe a que la derecha defiende intereses concretos y la izquierda posiciones morales, ideológicas (la realidad es muy distinta de la frase propagandística de que la derecha es espiritual y la izquierda materialista: en la práctica sucede lo contrario).

La falta de fe en las instituciones —del Estado o de fuera de él—, la imposibilidad por parte de los ciudadanos que se encuentran en conflicto (y suele suceder que son la mayoría en todos los países) es la que produce estas formas típicas de la supuesta violencia de nuestro tiempo: encierros en iglesias, locales públicos o de empresas; sentadas, manifestaciones, conflictos de trabajo en todas sus manifestaciones, pintadas... Es un lenguaje que se utiliza en los países occidentales para demostrar que Parlamentos, parti-

dos o sindicatos no están asumiendo el papel representativo del pueblo, porque están exageradamente mediatizados por los poderes públicos o por los grupos del "establishment", porque carecen de la suficiente imaginación como para tener un peso real en la vida política. Y contra las instituciones estatales de todo tipo que se resisten a asumir las necesidades de la vida actual. Recordemos que una de las bases del movimiento estudiantil de París en 1968 era la protesta contra el Código de Napoleón!, que todavía reglamentaba —y en muchos casos sigue reglamentando— la vida de la sociedad francesa y contra el tipo de moral pública que se derivaba de él. Incluía la protesta a los partidos, al Parlamento, al sistema electoral...

ANTE este tipo de acción, de lenguaje, el Estado reacciona con las acusaciones típicas de denuncia de la violencia con el fin de sumarse a los más ciudadanos "de orden" que pueda, y generalmente con la represión, que a su vez aumenta el clima de violencia real. La respuesta del reformismo es simultánea. O más bien retrasada. Los Estados son mucho más diligentes en la represión y en el asentamiento de su autoridad que en establecer las vías de reforma de la sociedad y sus normas. La lentitud con que en España se anuncian esas reformas, y la timidez con que se enuncian, no corresponde a la rapidez de la represión. Por otra parte, parece como si en estos últimos días en que se anuncian ciertas reformas políticas hubiera una amplia movilización conservadora en otros terrenos de la vida de la sociedad en los que se fija menos la opinión pública, y que por un arrastre de siglos se consideran todavía como poco o nada opinables.

HASTA qué punto esta llamada violencia puede convertirse en una violencia real? ¿Cuándo puede suceder? Este es uno de los mayores riesgos que se corren en estos momentos. El Estado —concretamente, el Estado español— no puede considerar nunca que gobernar es hacer un solitario, que sale bien o mal, pero en el que nadie interviene. Gobernar es mantener una partida abierta, establecer unas reglas de juego igualitarias, y no creer nunca que la violencia de Estado o el uso de la fuerza puede sustituir a esas reglas de juego. ■